ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA

EL ÚNICO REMEDIO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ARTURO PERERA

MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1886

EL ÚNICO REMEDIO.

628·3

EL ÚNICO REMEDIO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ARTURO PERERA

Estrenado en el Teatro ESPAÑOL el dia 5 de Febrero de 1886

MADRID: 1886
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1.

PERSONAJES	ACTORES
ROSA, nieta de.....	Srta. Gambardela.
RAMÓN.....	Sr. Parreño.
MANUEL INCHAUSTI, marido de Rosa.....	Cirera.
ROBERTO SANDOVAL.....	González.
LUIS ARANZAY.....	Alcón.
JUAN, criado.....	Pérez.

Epoca actual.

La escena pasa en el año de 187...

La derecha y la izquierda que se citan en las acotaciones son las del actor frente al público.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los señores comisionados de la Administración Lírico-Dramática, de D. Eduardo Hidalgo, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A SU BUEN AMIGO

FRANCISCO DURÁN Y SIRVENT,

EN TESTIMONIO DE FRATERNAL CARIÑO DEDICA ESTA OBRA

El Autor.

OBRAS PUBLICADAS DEL MISMO AUTOR.

LA SALSA DE LOS AMORES, monólogo en verso.

UN AMOR DEL INFIERNO, novela.

LA POLICÍA SECRETA, episodio de la vida del general Prim.

UNA BROMA, novela.

UN IDILIO, ídem.

LA MUERTE DE ABDUL-AZIZ, ídem.

BLANCA, ídem.

BODAS TRISTES, narración.

COMO AMAN LOS HOMBRES, estudio psicológico.

Al eminente actor y querido amigo
Rafael Calvo,
Arturo Serra

ACTO PRIMERO.

La escena representa una sala con puerta al foro y otra á cada lado. Muebles elegantes.

ESCENA PRIMERA.

ROSA, leyendo un libro unos momentos; después, sin cerrarlo, quédase pensativa y melancólicamente dice:

Qué bien retratados están aquí, por el autor, mis propias desdichas! Parece que me conoce y que me ha elegido para protagonista de su novela! También esta pobre mujer, como yo, es viuda, á la par que casada! Libre y esclava á un mismo tiempo! También, como yo, está sin padre que la proteja, ni madre que enjugue sus lágrimas y la ayude á llevar el peso de su desgracia. (Cerrando el libro y con viveza.) Oh! pero qué digo! Soy una ingrata! Yo no estoy como ella, sola en el mundo: tengo á mi abuelito del alma, que me quiere, que me ama por todos juntos! Qué hubiera sido de mí sin él!... Quién me ha devuelto la salud y la vida?... Quién ha rescatado mi perdida fortuna?... Cierto es que nada hubiéramos conseguido sin el talento y sin el interés que Sandoval ha mostrado desde el mismo día en que se en-

cargó de la defensa de mis pleitos. Oh! Sin duda mi angel bueno, mi madre, le inspiró el deseo de ser nuestro abogado. Bendita sea la hora en que le conocimos! (Pausa. Quédase abstraida.)

ESCENA II.

ROSA.—RAMÓN.

RAM. Hola, Rosita!

ROSA. Pronto has dado la vuelta.

RAM. Sí; más pronto de lo que creía. Y te participo que he cobrado los veintitres mil duros del último pleito. Aquí los traigo: no era ya tiempo de llevarlos al Banco: voy al despacho á dejarlos.

ROSA. (Deteniendo á Ramón, que se dirige al foro.) El criado que esperábamos ha venido ya, y me ha entregado esta carta que le dió para tí, tu amigo Vélez. (Le entrega una carta.)

RAM. (Tomándola. Después de leer un momento para sí, dice:) Escucha: que vale la pena. (Leyendo.) «Tú deseas un criado honrado, inteligente, trabajador y que sea un valeroso guardián de tu casa y de tus intereses? Pués ahí te lo envío. Tengo la seguridad de que no le hallarías mejor en todo el orbe terráqueo. Desearás, sin embargo, algunos pormenores, respecto de su persona. Son notables. El tal Juan Arrechagaleta, es navarro y de una familia de héroes, ó si se quiere de mártires. Es el único que sobrevive de seis hermanos. Los otros cinco han perdido la vida, defendiendo en estas montañas á su rey Don Cárlos. Y áun este mismo que te recomiendo, ha recibido varias heridas, y cayó prisionero, hace dos años, defendiendo con loco fanatismo la misma causa. Por influencias de unos y otros, hemos conseguido que se le permita servir en Madrid, bajo palabra de honor, para que pueda enviar algo que alivie la

suerte de sus ancianos padres, que han quedado (siempre por su rey), en la mayor indigencia. Esto es todo. Sabes que te quiere tu afectísimo, etcétera, etc.» (Hablando.) Qué te parece?

ROSA. Por mi parte le acepto sin vacilar, sobre todo pensando en sus pobres padres. Quieres que le llame?

RAM. Bueno. (Rosa toca un timbre. Entra Juan por el foro, en donde se detiene quitándose la boina.)

ESCENA III.

DICHOS.—JUAN.

RAM. Son tan buenos los informes que me da de tí mi amigo Vélez, que desde ahora te admitimos en casa.

JUAN. Muchas gracias, señor.

RAM. Espera ahí en la antesala. (Juan se va.)

ESCENA IV.

ROSA.—RAMON.

RAM. Guapo muchacho. Me gusta. (Pausa.) Dime, ha venido Sandoval?

ROSA. No.

RAM. Le he escrito que venga de tres á cuatro de esta tarde. Quiero definitiva y claramente tratar y concluir hoy la cuestión de sus honorarios. Viendo que se excusa hace tanto tiempo de presentar su cuenta, he pedido al procurador los datos necesarios para que Sandoval la estienda aquí y pagarle hoy mismo. No está bien que se pasen así meses y meses, y que nos marchemos quedando en ese descubierto.

JUAN. (Entrando un paquete en una bandeja.) Señor.

RAM. Qué hay?

JUAN. Este paquete de parte del platero Ansorena. (Ramon toma el paquete y lo desenvuelve.)

RAM. Ah! ya. El reloj! (Sacando un estuche que abre y presenta á Rosa.) Mira; á ver si te gusta como ha quedado. (A Juan.) Dí que está bien. (Juan se retira.) Qué te parecen los brillantes de la tapa?

ROSA. Son de hermosas luces.

RAM. Y las cifras?

ROSA. Muy elegantes.

RAM. Me alegro de que merezcan tu aprobación; porque eres para mí el voto más competente en materia de elegancia.

ROSA. (Sonriendo.) Gracias por el cumplido.

RAM. Espero que le gustará á Sandoval. Todo lo merece. No hay abogado en el mundo que pudiera hacer más de lo que él ha hecho. Procuradores, abogados, jueces, todos, hablan de él con entusiasmo. (Transición.) Espanta considerar la rapidez conque tu infame marido derrochó y comprometió tu cuantiosa dote, y la lucha desesperada que durante más de dos años, día por día, y hora tras hora, hemos tenido que sostener para arrancarla de las garras de los usureros!

ROSA. Pobre padre mío! Cuánto has trabajado y con qué fé! A no ser por eso...

RAM Es indudable. Si cuando yo ví en Granada perdidos nuestros pleitos, hubiera desistido de entablar el recurso de casación, de fijo á estas horas estaríamos sin pan que llevar á la boca y tal vez yo sin nieta. Porque el trabajo y aquella fiebre pertinaz que padeciste, habrían sin duda causado tu muerte. En fin, gracias á Dios tú estás ya fuerte, buena y guapa como nunca. Y hasta con dinero, que es la segunda salud que se ha menester para vivir.

ESCENA V.

DICHOS.—ROBERTO y JUAN.

JUAN. (Anunciando por el foro.) El señor de Sandoval.

RAM. Adelante. (Entra Roberto y Juan se retira.)

ROB. A los piés de usted, Rosa. (Dándole la mano.) Cómo sigue?

ROSA. Muy bien, gracias. Y usted?

RAM. (Estrechando la mano á Roberto.) Le anuncio que vamos á reñir.

ROB. No es posible: porque cuando uno no quiere...

RAM. Dígame usted, (Entre risueño y formal.) por qué razón se niega hace tanto tiempo á presentar la cuenta de sus honorarios?

ROB. (Con cierta amargura.) Hago mal, no es así?

RAM. Cierto. Mucho más en el caso presente en que usted sabe que...

ROB. No prosiga: estoy convencido y trataré de remediar mi falta. Reconozco que he olvidado la realidad de la vida.

RAM. Cómo? (Con ligera sorpresa.)

ROB. Sí, don Ramón, soy un loco: soñaba en que era algo íntimo para ustedes, un... hijo para usted, un hermano para Rosa. (Con amargura.) Ahora comprendo que no soy sino un abogado, y ustedes mis clientes.

ROSA. Oh! No, Sandoval! (Con expresión.)

RAM. Comete usted una injusticia con nosotros (Con dulzura.) no ya por sus palabras, sino por la amargura con que las dice. Para nosotros no puede ser únicamente un abogado, ni podemos creer saldadas nuestras deudas con usted, abonándole sus honorarios. Pero reconozca que estando terminados todos los pleitos, dos de ellos hace tanto tiempo, nos hallamos en una situación falsa mientras no entreguemos á usted lo que le corresponde.

ROB. (Con alguna tristeza.) Acaso tenga usted razón; pero como yo hasta ahora no había hecho práctica de mi carrera de abogado, siento cierta repugnancia en aceptar recompensa alguna.

RAM. Con su permiso voy al despacho á ordenar las notas que el Procurador me ha dado, para que pueda usted redactar hoy mismo la minuta de sus honorarios. Vuelvo en seguida.

ROB. Pero tanta prisa tiene usted? por qué ha de ser hoy?... Ahora mismo?

RAM. Porque quisiera regresar mañana á Granada y...

ROB. Mañana?... Tan pronto? (Con sorpresa y tristeza.)

RAM. Probablemente. Así, pues, voy un momento.. Entretanto, Rosa, ofrécele al señor nuestro recuerdo. (Vase por el foro.)

ESCENA VI.

ROSA.—ROBERTO.

ROSA. (Tomando el estuche abierto y ofreciéndoselo á Roberto.) Tome usted, Roberto, sírvale de testimonio de nuestro afecto, que nunca, ni un instante dejará de ser profundo.

ROB. Gracias, Rosa. (Tomando el relój.) Pero si he de decir lo que siento, más que esa rica alhaja, hubiera querido... (Vacilando.)

ROSA. Qué? (Pausa.) Dígalo. No vacile.

ROB. Nada: nada. Me arrepiento.

ROSA. Dígalo. Se lo suplico. Quisiera que quedase usted tan satisfecho de nosotros como nosotros lo estamos de usted. Qué desea?...

ROB. Ese sencillo medallón... (Señalando.)

ROSA. Ah! (Turbándose y llevándose la mano al cuello.)

ROB. Que lleva usted siempre. Pero... no piense más en ello. Lo he dicho tan sólo para evitar que se preocupara usted. Y... hablando de otra cosa, siguen ustedes sin noticias de su marido?

ROSA. El otro día me dijo mi padre que hace unos tres meses llegó carta suya.

ROB. (Con interés y asombro.) Cómo: de él mismo?

ROSA. Sí; ya usted vé. Después de más de dos años de no saber siquiera si vivía, ha escrito solamente para pedirme seis mil duros: amenazando con pegarsé un tiro si no se los enviaba.

ROB. (Con interés.) Y su padre de usted?...

ROSA. Me ha dicho que rasgó la carta sin contestarla, y proponiéndose no darme cuenta de ella.

ROB. (Pensativo.) Y... desde dónde escribía?

ROSA. Desde el campamento carlista de Navarra.

ROB. Esa carta prueba que tiene noticia de que usted ha recobrado su fortuna, y prueba también su propósito de arrebatársela de nuevo. Pero si

usted no olvida mis consejos, y sobre todo, si usted se reviste de un poco de caracter, le será más difícil realizar sus deseos.

ROSA. Ahora que ya tengo conmigo á mi padre, no logrará su objeto.

ROB. Harto lo comprenderá ese... hombre, y por consiguiente, lo primero que hará en cuanto vuelva, es separarle de usted.

ROSA. (Con miedo.) Oh! Pero tiene derecho?

ROB. Derecho? (Con amargura.) Ya usted vé; es... su marido...

ROSA. Oh! Qué miedo me dá...

ROB. Tiene usted harto motivo para sentirlo. Sin embargo, de que lo que ha pasado, lo que ha sufrido usted en otro tiempo, no debe usted ya volverlo á sufrir Huérfana apenas casada, y su abuelo á muy larga distancia, se explica que pudiera ese hombre martirizar y empobrecer á usted como lo hizo. Hoy todo ha cambiado. Usted es una mujer, y aunque muy jóven, de experiencia; porque el sufrimiento y la amargura la fortifican y engrandecen más que los años. Luego tiene usted á su padre, que en los primeros momentos, sobre todo, puede ser un apoyo y un auxilio. Y por último, (Animándose á medida que habla.) me tiene usted también á mí. A mí, Rosa, que desde donde quiera que me encuentre, y mientras me quede un soplo de vida he de acudir adonde usted me llame, adonde usted me necesite! Pongo á Dios por testigo!

ROSA. (Con vivísima emoción.) Oh! ya lo sé, Roberto. Pero no me hable usted así. Acaso no hemos de vernos á menudo? Acaso no irá muy pronto, como nos ha prometido, á pasar con nosotros uno ó dos meses en nuestro cármen de Granada? (Roberto hace un movimiento de duda y de tristeza. Pausa.) Oh! No se niegue usted, Roberto. Porque... (Casi llorosa.) porque se lo aseguro, su negativa (Conteniendo sus lágrimas.) me causaría más daño que todos los disgustos que hasta hoy he sufrido!

ROB. (Cogiéndola una mano.) Oh! Rosa, Rosa! (Con pasión contenida.) Qué dulce bienestar me producen esas palabras! Toda mi vida he de recordarlas, porque ellas son el mayor, el único consuelo que puedo tener de nuestra próxima y tal vez eterna separación!

ROSA. (Llevando el pañuelo á sus ojos.) Ah!!

ROB. Porque debemos dejar de vernos todo el tiempo que los acontecimientos nos dejen. Mientras éstos no hagan necesaria ó conveniente mi presencia al lado de usted. Oh! (Con vehemencia.) Pero prométame solemnemente: júreme usted que en el instante mismo en que tenga necesidad de un auxilio ó de un consejo, me llamará usted á mí. Creo que merezco esta solemne promesa. He conquistado con hartos sacrificios, el derecho de exigirla!

ROSA. Sí, Roberto; mi amigo; mi hermano del alma! Se lo juro! (Desprende el medallón que lleva al cuello y se lo da. Ramón se presenta por el foro.)

ROB. (Besando el medallón.) Gracias, Rosa, gracias!

ESCENA VII.

DICHOS.—RAMÓN.

RAM. (Qué significa?...) (Adelantándose.) Quiere usted pasar al despacho un momento, Sandoval?

ROB. Estoy á sus órdenes. (Andando hacia el foro.)

RAM. Tenga usted la bondad de ir. que luego soy con usted. Allí sobre la mesa hallará las notas que el procurador me ha dado, y con ellas á la vista podrá usted complacerme.

ROB. Qué empeño!

RAM. Sí señor: estoy resuelto á no dejarle marchar, á tenerle á usted prisionero de guerra, hasta que me entregue ese documento (Vase Roberto por el foro.)

ESCENA VIII.

ROSA.—RAMÓN.

RAM. Rosa, qué significa lo que acabo de ver?

ROSA. Ay, padre de mi corazón! (Echándose en sus brazos y llorando.) Quiere decir, que soy más desdichada que nunca!

RAM. Pero explícate. Declárame toda la verdad. Como si estuvieses en presencia de Dios.

ROSA. Que Roberto y yo nos amamos.

RAM. Cómo? (Con severidad.) Roberto y... *tú?*...

ROSA. Sí; los dos; pero nada tiene de vergonzoso este cariño que sin confesarlo nuestros lábios ahora, por primera vez, se ha revelado á mis ojos, y que nadie conoce ni sabrá nunca.

RAM. Por eso me extrañaba que no me hubieses hablado una palabra de ello.

ROSA. Yo misma lo ignoraba. Una hora hace, hubiera jurado que no lo sentía Pero á medida que Roberto hablaba, conmovido por nuestra próxima separación, iban su palabras arrojando luz en mi alma presa de un sentimiento inefable y desconocido que harto veo y siento ahora que es amor. Sí; todo eso que hasta hoy ha ido brotando en mi pecho con el nombre de amistad, agradecimiento y admiración, ha sido combustible de esa hoguera á cuyo calor parece que revive mi alma; pero cuyo fuego no ha de consumir mi inquebrantable virtud.

RAM. Así lo espero de tí, hija mía! Retírate que puede volver y es mejor que ya no os veais más.

ROSA. Tienes razón. Hasta luego: avísame cuando se haya marchado. (Vase por la derecha.)

ESCENA IX.

RAMON, luego ROBERTO.

RAM. Pobre Rosa; trato y trataré siempre de ocultárselo, pero bien conozco lo mucho que su triste situación se ha agravado.

ROB. Aquí tiene usted lo que me ha exigido. (Le entrega un papel que Ramón guarda.) Y ahora, antes de separarnos quizá para siempre, mi conciencia, y la íntima amistad conque usted me distingue, demandan que le hable del asunto más interesante para mi alma. (Se sienta á una indicación de Ramón.) A los pocos días de llegar yo de Valencia ví á Rosa, y creyéndola libre, me sentí vivamente interesado por ella. Desde entónces no pensé ni soñé en otra cosa, que en hacerme amigo de ustedes y en alcanzar, por el trato, la correspondencia de mi amoroso empeño. Supe la visita que hicieron á mi compañero y amigo Lasala, y con objeto de pedirle que me presentara á ustedes, le visité á mi vez, sabiendo por él únicamente que venían á entablar recurso de casación de algunos pleitos perdidos en Granada. Él vacilaba en encargarse de su defensa. Ví el cielo abierto: pedíle una carta de recomendación como abogado para usted, y vine á presentarme lleno el corazón de halagadoras esperanzas. Imagínese usted mi cruel decepción al saber por boca de ustedes la triste historia de Rosa, ligada á la de aquellos pleitos: historia que de un golpe derrumbaba el hermoso castillo de mis ilusiones. Desde entonces á hoy, cuántas encarnizadas luchas han reñido dentro de mi alma el amor y el deber! Qué había de hacer al saber que estaba Rosa casada? Huir á impulsos de un sentimiento cobarde y egoista, y exponer á ustedes á la pérdida completa de sus bienes ó luchar por salvarlos con todo el interés que sus propias desdichas habían encendido en mí. Consideré los sacrificios y los deberes que me imponía; medí mis fuerzas y mi voluntad, y acepté el encargo.

RAM. Que tan dignamente ha desempeñado.

ROB. Usted, que conoce bien á Rosa, y sabe lo que vale, no extrañará que, aunque yo jamás haya dejado ver el inmenso amor que ella me inspira, haya crecido éste hasta el infinito, después de conocerla y de tratarla. Hoy, ante la

idea de separarme de ustedes, no he sabido contenerme y he dejado, quizás, vislumbrar por primera vez ese secreto sentimiento que guardo codiciosamente, como un avaro su tesoro, en el fondo de mi corazón... qué quiere usted? He tenido un momento de debilidad. Espero que me lo perdone, en gracia de tanto tiempo como hace que amo, sufro y callo!

RAM. No tengo valor para reprocharle su conducta. Deploro de todas veras lo que sucede; pero reconozco que no tiene que culparse sino á la fatalidad.

ROB. No la fatálidad, don Ramón. Las leyes y las costumbres de nuestra pátria son las que hacen el mal tan grave. Ellas son las que, cerrando todos los caminos, exigen inflexiblemente la muerte del marido de Rosa, como único remedio de tan abominable situación. Por eso mil veces he sentido y siento aún impulsos de romper por mi mano esa cadena, ese horrible yugo que la ahoga y la esclaviza.

RAM. Oh, no, Sandoval! Debe usted rechazar tales ideas.

ROB. Un temor solamente me ha contenido hasta hoy. El de que un lance entre su marido y yo, menoscabase la reputación de Rosa.

RAM. Seguramente.

ROB. Más; quién sabe si el tiempo se encargará de proporcionarme ocasión y medio aprovechables! Si supiera usted cuánto me halaga esta esperanza! Y hoy más que nunca. Libertar á Rosa ó morir por ella!...

RAM. No, Sandoval: confiemos en Dios. A Él, que da la vida, corresponde únicamente quitarla.

ROR. Pero confiese usted que es desesperante tener que aguardar á que la muerte desate unos vínculos que no han sido creados por la naturaleza, sino puramente por la ley. Por qué lo que una ley hace, otra ley no ha de deshacerlo? Por qué oponerse violentamente al derecho natural, á la conciencia y á la razón? Así, en vez de poner término con el divorcio absoluto y

radical, á las funestísimas consecuensias y á las mil inmoralidades que siguen en pos de todo matrimonio desdichado como éste, conforme hace la legislación de otros países, la nuestra, no dejando otro remedio que la muerte, provoca el conflicto y muchas veces la catástrofe.

RAM. Perdone usted, Sandoval, si esa idea del divorcio me hace daño: me es profundamente antipática.

ROB. Usted, don Ramón, usted puede sentir esa antipatía? Usted, que tiene esa nieta tan querida y tan desgraciada como digna por todas sus virtudes y condiciones de ser dichosa? Usted puede sentir ese aborrecimiento por un medio que sin violencia, sin efusión de sangre, repararía todos los males causados y evitaría los que amenazan? Prefiere usted condenarla á perpétuo martirio, á perpétua esclavitud? Oh, no puede ser. De fijo que si aleja de su espíritu sus preocupaciones, desaparecerá también su injusta aversión.

RAM. *Y qué fundamento daría usted á esa ley? (1)

ROB. *La ausencia y el abandono del marido durante *más de dos años, por una parte. La caren- *cia absoluta de noticias suyas por otra, y *últimamente la voluntad del cónyuje que qui- *siera alegar esas razones, no le parecen á *usted suficiente motivo para conceder la anu- *lación absoluta y completa de aquella que *debiera ser sagrada, y se ha convertido en *nefanda unión?

RAM. *Tal vez fuera justo, y mucho más no exis- *tiendo hijos, como en el caso en que Rosa se *encuentra; pero ántes que introducir en las *leyes esa innovación por un solo caso...

ROB. *Crea usted, don Ramón, que si tan de cerca *viese usted, y tanto como éste le interesaran, *otros casos, encontraría igualmente justa y

---

(1) Todo lo que está señalado con asteriscos, puede suprimirse en la representación.

*saludable para ellos la aplicación del divorcio.

RAM. *A pesar de todo, me repugna aceptarlo cuando *recuerdo el carácter religioso del matrimonio, *cuando pienso que el mismo Dios hizo de él *un sacramento y estableció la indisolubilidad *de aquellos lazos.

ROB. *Natural es que Dios y la Iglesia así lo esta- *blezcan, lo manden y lo deseen, como es natu- *ral que los hombres honrados y de sano cora- *zón lleven en el ánimo el propósito y el anhelo *de que aquella unión de dos almas y de dos *cuerpos sea perdurable. Esa es la santificación *del amor, el ideal del matrimonio, en donde *todos debemos fijar los ojos. Pero, y cuando *por culpa de uno ó de los dos cónyuges las *almas se separan y se divorcian, pueden las *leyes encadenarlas? Por otra parte, dígame *usted; la ley que sostiene y defiende hoy *los derechos del marido de Rosa contra ésta, *defiende el bien ó el mal? Ampara al vir- *tuoso ó al malvado? Y puede Dios, ni la re- *ligión, amparar al mal contra el bien? al vicio *contra la virtud?

RAM. *Para estos casos, no cree usted que es bas- *tante protección la que nuestras leyes dispen- *san con la separación de bienes y de per- *sonas?

ROB. *Puede usted creer protector ese estado anó- *malo é irregular que la ley crea para los dos *cónyuges al separarlos? No considera usted *que esta falsa y violenta situación centuplica *las ocasiones de desdichas y aun de delitos, no *sólo para los mismos separados, sino también *para la sociedad? A no ser que hagan ambos *el sacrificio de los sentimientos, de las necesi- *dades y de las aspiraciones propias de la hu- *mana naturaleza: lo cual por otra parte pueden *siempre hacer los que se encuentren con fuer- *zas y voluntad para ello. Porque el estableci- *miento del divorcio no supone la obligación de *emplearlo. Es sólo un recurso, una medicina *para todos los que la necesiten; para cuantos

*no pueden ser héroes ó mártires. Por último; *la separación, lejos de remediar, agrava la si-*tuación del marido y de la mujer. La coyunda *que les enlaza tan estrechamente, al ser sepa-*rados, les ahoga.* (Transición.) Como todas las reformas, y más cuanto más trascendentales, costará ésta tiempo y trabajo: porque las preocupaciones y la tradición oponen formidable resistencia; pero la razón y la justicia tienen más fuerza y acaban siempre por imponerse y dominar.

RAM. Entretanto es preciso conformarse con las leyes y costumbres de nuestra sociedad.

ROB. Es indudable: pero no me negará usted el derecho de sentir sus defectos, y aún el deber de combatirlos. (Levantándose. Transición.) En fin, perdóneme usted estos desahogos, y concédame un favor que ansío pedirle antes de separarnos.

RAM. Estoy pronto á complacerle.

ROB. El que acepte mis cartas y me procure usted el único consuelo que me resta contestándolas para saber de usted y... de Rosa. (Conmovido.)

RAM. Lo haré, sí, Sandoval. (Dándole un abrazo.) Pero hablándole como un padre, permítame que le aconseje que trate con ahinco de distraerse y olvidar. Tiene usted una madre y una hermana cuyo cariño puede ser para usted grato refugio y dulce consuelo. Después su talento de usted, su juventud y todas sus demás condiciones, le ofrecen mil hermosos horizontes.

ROB. Bien sé que es todo inútil. Adios. (Abrazando á don Ramón. Después va andando lentamente hacia el foro.) Parece que me despido de la vida! (Vase.)

ESCENA X.

RAMÓN.

Pobre Roberto! Tiene razón. Quién podrá negar que es una ley bárbara la que encadena perpétuamente una víctima inocente á su verdugo?

Tan dichosos como podíamos ser los tres! Y tan desdichados como seremos si Dios no lo remedia!

ESCENA XI.

RAMÓN.—JUAN.—Luego LUIS.

JUAN. (Enirando en una bandeja una tarjeta.) Un caballero acaba de entregarme esta tarjeta y desea hablar al señor.

RAM. (Tomando la tarjeta y leyéndola.) Luis Aranzay? (Queda unos momentos pensativo.) Pues no sé quién es. Ha preguntado por mí?

JUAN. Sí señor.

RAM. (Haciendo un gesto.) En fin: dile que pase. (Vase Juan por el foro.) Quién será? Y qué querrá de mí?

LUIS. (Con cierto aire militar en su rostro y en su vestir.) Don Ramón?...

RAM. Servidor de usted. Tome asiento.

LUIS. Dispense usted si por acaso le molesto. Hace tres ó cuatro días que estoy luchando entre mi deseo de evitarle un mal rato y la necesidad imperiosa que á ello me obliga.

RAM. No atino...

LUIS. Pronto lo sabrá todo, porque como buen militar no sé usar de rodeos para decir las cosas. Hace poco más de dos años, estando yo en el Centro al frente de un pequeño destacamento carlista, se me presentó, con nombre supuesto...

RAM. Lo adivino. El marido de mi nieta...

LUIS. El mismo: Manuel Inchausti, pretendiendo alistarse como simple soldado. Consentí en ello, y tanto me entusiasmó su arrojo y su sangre fría que me declaré su protector, y poco tiempo después estábamos en el Norte y en un mismo batallón, él como yo, de capitán. Un día tuve que ir de nuevo al Centro, y, con tal motivo, le entregué la caja del batallón que entonces tenía á mi cargo. Al volver, me hizo entrega á su

vez de los caudales, y, como tenía en él ciega confianza, le firmé el recibo, sin comprobar si era cierto que estaba en caja la cantidad que daba yo por recibida.

RAM. (Con cierta brusquedad.) Sí; ya supongo lo demás. Luego vería usted que faltaba algo, se lo ha reclamado y no ha pagado. No es así?

LUIS. Efectivamente.

RAM. Y viene usted á ver si yo, es decir, si mi nieta le saca á usted del apuro y paga por él la cantidad robada. Pues, amigo mío, lo siento mucho, pero...

LUIS. (Con acento conmovido.) Se niega usted?

RAM. Por mi parte, sí. (Levantándose.)

LUIS. (Levantándose y con tono dramático.) Este es el único recurso que me quedaba antes de quitarme la vida.

RAM. (Friamente.) Pues no veo la necesidad. Por qué no le acusa y le hace prender y juzgar por ladrón?

LUIS. Luego ignora usted que Inchausti ha muerto?

RAM. (Con extrañeza) Que ha muerto?... Cuándo?

LUIS. En San Pedro Abanto. Hace unos quince días.

RAM. (Como para sí.) Será cierto?

LUIS. Mire usted. (Sacando del bolsillo unos papeles.) Aquí tiene usted un número de *El Cuartel Real*. Vea usted su nombre en la lista de los muertos de aquel día.

RAM. Sí; pero...

LUIS. Y aquí tiene usted también la partida de defunción de Inchausti, extendida en el mismo campamento. Sabiendo yo que sus relaciones con ustedes estaban rotas de mucho tiempo atrás, harto me figuraba que sería conveniente traerla. Además de que es un documento que sólo á ustedes interesa y corresponde guardar.

RAM. (Que ha ido leyendo.) No cabe duda: es cierto; certísimo.

LUIS. Por último: lea usted el documento escrito de su puño y letra reconociendo la deuda de diez mil duros que tenía para conmigo por el desfalco que cometió

RAM. (Como para sí.) Hecho más providencial! (A Luis.) Espere usted un momento. Voy á hablar con mi nieta, que es al cabo la que debe decidir en este asunto.

LUIS. Dígale usted que de ella pende mi vida. Que he llamado ya en vano á todas las puertas! (Vase Ramón.)

ESCENA XII.

LUIS, solo.

(Cambiando de tono, y tomando aire y maneras truhanescas.) Caramba con el viejo! y qué durillo está!... Suerte ha tenido Manolo con encargarme á mí de la comisión, porque otro cualquiera, al oir á ese abuelo decir con tanta frescura que no pagaba nada, se hubiera desconcertado. Oh! pero yo no! Nada de eso; por el contrario, miéntras más difícil es un asunto y más arriesgado, mayor empeño tengo en salir airoso. Bien es verdad que el veinticinco por ciento que llevo en el negocio, vale la pena. (Paseando.) Aparte de que no corro ningún peligro, porque yo no he de volver más por aquí. (Deteniéndose.) Pero y si algún día... por librarse él, Manolo me acusara?... Porque es muy capaz de ello. Tiene pecho para eso y mucho más... (Pausa.) Bah!... Ese día tardará en llegar, porque la curación de su herida le obligará á permanecer en su escondrijo mucho tiempo. Su propio interés le aconseja hacerse el muerto, ya que ahora para todo el mundo lo está. Y luégo, qué datos hay para acusarme? La partida de defunción, no es verdadera? El docuto, reconociendo la supuesta deuda, no es auténticamente suyo? Pues, ea! pelillos á la mar! (Transición.) Me parece que vuelve el viejo. (Mirando hácia la derecha.) Mucho ojo, y á hacer mi papel, como corresponde á la fama de farsante consumado, que hace años conquisté.

ESCENA XIII.

LUIS toma una actitud taciturna y sombría.—RAMÓN, hablando á ROSA, que entra con visible agitación.

RAM. No lo dudes. Ahí tienes á ese señor que ha sido su compañero de armas.

ROSA. (Con interés vivísimo.) Es verdad que ha muerto Manuel?

LUIS. Como un valiente: en el campo de batalla.

ROSA. Estaba usted con él, tal vez, cuando ocurrió su muerte?

LUIS. A su mismo lado. Quién sabe si la bala que le quitó la vida, iba dirigida á mí!

ROSA. Qué horror!

LUIS. Pero ha muerto con gloria. Después de varias acometidas de las tropas liberales, que nuestros soldados resistieron sin cejar, comenzó á llover metralla sobre nosotros, al propio tiempo que éramos envueltos por fuerzas superiores enemigas que llegaban de refresco. Entónces, y por orden terminante de nuestro general en jefe, se inició el movimiento de retirada, encargándose nuestro batallón, que era el 5.º navarro, de protegerla, haciendo frente al enemigo. (Dramáticamente.) De pié sobre un montón de cadáveres que á cada instante crecía, y empuñando unas veces su rewólver, y otras veces los fusiles que dejaban al caer los heridos, disparaba Manuel con la serenidad y el acierto que pudiera hacerlo en una sala de tiro. Yo le contemplaba admirado. Su ejemplo enardecía á todos. El enemigo no adelantaba. Nuestras tropas estaban ya en salvo. La noche extendía sus negras alas como para guarecernos y cobijarnos. Los cañonazos cesaron. Los disparos de fusilería eran ya intermitentes: pero todavía Manuel continuaba encima del sangriento y palpitante montón haciendo víctimas. De repente le ví caer rodando sobre nuestros infor-

tunados compañeros, me acerqué: le cogí. Era cadáver!

ROSA. Jesús! Jesús! Qué horrible muerte!

LUIS. Tras de esta fiera lucha, siguió un armisticio para recoger los heridos y enterrar á los muertos; durante el cual hice extender la partida de defunción que les he entregado. (Aparte.) Esta es la primera parte de la historia. La segunda, me la trago.

ROSA. Tan triste y violenta como su vida, ha sido su muerte! Buscando siempre la lucha y las agitaciones y huyendo de los goces tranquilos del hogar y de la familia. El se hizo á sí propio desdichado! Pobre Manuel! Dios le perdone como yo! (Pausa)

RAM. En vista de todo esto, tú dirás qué debemos hacer ante la pretensión que ya te he manifestado de ese caballero.

ROSA. (Con viveza.) Oh! Puedes dudarlo?

LUIS. (Aparte) Ah! respiro!

ROSA. Recoger y pagar ese documento.

RAM. Si te parece, podemos fijar un plazo; hasta mañana, por ejemplo.

ROSA. Para qué? (Impaciente)

RAM. Para consultar si...

ROSA. No tengo que consultar sino mi deber y mis sentimientos. Al fin era mi marido, y me considero dichosa con poder pagar esa suma evitando que se infame su memoria y salvando á ese señor de tan apurado trance...

LUIS. (Con muchísima expresión.) Oh! Señora, gracias. Es usted un ángel! Bien lo decía en los momentos razonables su marido!

RAM. De todos modos es preciso llenar ciertas formalidades y acreditar su personalidad. En fin, tenga usted la bondad de acompañarme al despacho.

LUIS. Señora. (Con afectación dramática.) Si algún día necesita un hombre que dé por usted su vida, acuérdese de mí!!

ROSA. Gracias, gracias caballero. (Pensativa.)

LUIS. (Siguiendo á Ramón. Aparte y cantando.) Victoria! Victoria!... (Vanse por el foro.)

ESCENA ÚLTIMA.

ROSA.

(Con viva emoción.) Qué deseos y qué esperanzas se levantan en mi corazón, turbando la serenidad de mi conciencia en tan triste momento?... Afuera!. . Lejos de mí!... Todo mi pensamiento y todo mi corazón, deben ahora consagrarse solamente á pedir á Dios misericordia para aquél desventurado!! (Vase hacia la derecha con viva agitación.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

La escena lo mismo que en el acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

ROSA.—ROBERTO.—RAMON. Roberto sentado a' lado de Rosa en primer término á la izquierda. Ramón leyendo un periódico junto á un velador en donde hay libros y periódicos, á la derecha en segundo término.

ROB. Si tú supieras, Rosa mía, cuánto acrecientan mi cariño estas tristes confidencias! Cada pena que has sufrido, cada pesadumbre que aquél hombre te causó, y que yo llego á saber, aumentan mi amor, á pesar de ser tan grande. Qué alegría me causa pensar en que voy á ser dentro de poco tu marido! Pero qué digo; no lo soy ya? No se han unido en santa é indisoluble comunión nuestras dos almas?

ROSA. Tan cierto es lo que dices, que fuera para mí ya imposible dejar de amarte. Aunque imagine los absurdos mayores y haga las más locas suposiciones, no siento menguar el cariño que te tengo.

ROB. (Con afectuosa reconvención.) Ah! conque imaginas absurdos? Conque haces locas suposiciones?

ROSA. Tan solo para medir la grandeza del amor que por tí siento.

ROB. Solo para eso?

ROSA. Sí, Roberto.

ROB. Pero díme: qué imaginas? Qué supones?

ROSA. Unas veces, que te alejas, que nos separamos para siempre.

ROB. (Con viveza.) Oh! eso tan solo la muerte podrá lograrlo.

ROSA. Otras veces, que me dices que tu cariño ha concluido; ó que te veo mirando á otra mujer como ahora me miras; que te oigo decirle esas mismas frases cariñosas con que me enamoras.

ROB. Bien dices que son locas suposiciones! Oh! pero te prohibo que las hagas. Porque con ellas atormentas tu corazón. Ese corazón mío que quiero que tenga solo goces y alegrías. Prométeme, Rosa de mi alma, prométeme que alejarás de tí siempre cuantas ideas puedan anublar el hermoso cielo en que vivimos.

ROSA. Te lo prometo.

ROB. Y yo, en pago de tu promesa, te hago otra igual.

ROSA. (Con afectuoso reproche.) Ah! Con que tú tienes que acusarte del mismo delito?

ROB. Sí, también, Rosa. Pero yo soy más que tú culpable. Porque las ideas que me ocurren son hijas de un sentimiento que me da vergüenza confesarte.

ROSA. No lo creo: no puede ser.

ROB. Sí, Rosa; perdóname. Para que me lo perdones te lo confieso. Estoy... celoso!

ROSA. (Con profundo asombro.) Celoso?... De quién?

ROB. (Con cortedad.) De... tu pasado... de tu marido..

ROSA. Es posible, Roberto? (Pausa.) Es posible que estés celoso de un hombre á quien no amé nunca? No sabes la breve y lamentable historia de nuestro matrimonio? No sabes que mi infeliz madre, engañada completamente por él, nos casó sin que nos conociéramos apenas, al salir yo del convento en que me educaron? Celoso tú?... De qué? Del terror, de la aversión ó de la repugnancia que me causaba, únicos sentimientos que llegó á inspirarme?

ROB. Es verdad. Sabes de qué son efecto todas esas cavilosidades? Del esceso mismo de felicidad que estoy gozando. Tan cierto es que todo lo humano tiene sus límites, que cuando la ventura que se goza, es como la nuestra desmedida, se empeña uno locamente en limitarla.

ROSA. Tienes razón.

ROB. Estoy impaciente, deseando que lleguen mi madre y mi hermana para que seamos más que te amemos y que te lo digamos.

ROSA. Y yo también lo deseo, para tener más séres en quienes amarte.

ROB. Me voy: falta muy poco para su llegada.

ROSA. Adios. Vendrás á comer?

ROB. Si puedo, sí; pero mi madre tal vez desee...

ROSA. (Interrumpiendo.) Perdona Soy una egoista. Debes comer con ellas. Pero... luego si puedes ven un momento para decirme cómo han llegado.

ROB. Oh! sí, sí. De seguro vendré. Adios. (A Ramón.) Hasta luego! (Vase Roberto por el foro. Rosa se va por la derecha.)

ESCENA II.

RAMÓN.

(Interrumpiendo la lectura del periódico. Con sobresalto.) Cómo? Qué? (Leyendo con profunda atención y lentamente.) «Según el cuartel Real, la toma de Estella se debe á la cobarde traición del coronel don Manuel Inchausti, que por un puñado de oro ha vendido aquella fortaleza y la vida de sus defensores á las tropas liberales...» (Con viveza Hablando.) Será? Oh! sí, sí; nuestra desgracia es cierta. Ese hombre acusado de tal villanía no puede ser otro. Vive!... Dios mío, vive!... (Pausa.) Qué va á ser de nosotros?... Pero no procedamos con ligereza. No puede suceder, no sucede todos los días en contrarse dos personas de un mismo nombre y apellido? Además, la lista de muertos en que él fi-

guraba; la partida de defunción cuyas firmas hice comprobar por el Ministerio de la Guerra; las cartas que recibí del campamento carlista, todo esto no es bastante para tranquilizarme? (Pausa.) Pero... al recordar los diez mil duros que aquel hombre se llevó, renacen de nuevo mis temores. No puede ser todo un robo, fraguado por el marido de mi nieta y llevado á cabo con ayuda de aquel sugeto? Qué debo creer?... (Con mucha expresión.) Dios mío! Dios mío, sálvanos! Habré confiado vanamente en tí? Oh! no lo creo! (Pausa. Levantándose.) De todas suertes, urge averiguar la verdad. Por fortuna tengo medio de saberla en seguida. Me presentaré á don Pedro Revuelta, que es en Madrid el jefe del partido carlista, y él de seguro me dará noticias exactas y completas del autor de la villana acción que aquí se denuncia. (Se dirige sumamente preocupado hacia el foro. Sale Rosa.)

ESCENA III.

RAMÓN y ROSA.

ROSA. Te vas?... Sin darme un beso? Vaya un modo de despedirse!

RAM. (Volviendo.) Perdóname. Estoy tan...

ROSA. No señor, no lo perdono. Ya sabes que tu cariño es para mí tan necesario como... más que el de Roberto!

RAM. (Conmovido y con mucha expresión.) De veras? (Abrazándola.) Oh! si fuera así!...

ROSA. (Como antes.) De veras: de veras. Pues no lo duda?

RAM. (Como antes. Con vivo intéres.) Dime, hija mía, de mi alma: dime la verdad: tal como lo sientas. Si ocurriese... cualquier desgracia; si... perdieses á Roberto, crees que podrías vivir, solo con la ternura paternal de tu pobre abuelito? (Muy conmovido.)

ROSA. (Conmovida.) Por qué me haces esas preguntas? No ves que me entristeces?

RAM. (Con ansiedad.) Contéstame, contéstame, Rosa!

ROSA. Acaso puedo contestar á esa pregunta, padre mío? No comprendes que aunque quiera, no puedo imaginarme en tan horrible caso?... Precisamente cuando soy más feliz y siento más alegría. Como si me preguntaras ahora que estoy mirando la luz de ese sol tan radiante, qué impresión sentiría yo si de repente cegara!

RAM. (Suspirando.) Ay, hija mía!

ROSA. (Con ligera inquietud.) Pero qué tienes? En qué piensas? Ah! (Serenándose.) Ya sé. (Sonriéndose.) A que adivino tu secreto?

RAM. (Con intranquilidad.) Que lo adivinas?

ROSA. (Como antes.) Sí. Me lo confesarás si lo acierto? (Pausa.) Sientes envidia del cariño que profeso á Roberto. Eh? No he acertado?

RAM. (Después de un momento.) Sí... sí: adios Perdona: perdona. (Le abraza y se vá hácia el foro.)

ROSA. Ande usted, envidiosillo, vaya usted con Dios

ESCENA IV.

ROSA, luego JUAN.

ROSA. Tal vez tiene razón en sentirse envidioso: porque yo le quiero mucho, muchísimo, con todo mi corazón, pero... amo tanto á Roberto!

JUAN. Señorita!

ROSA. Qué hay?

JUAN. Traen unos vestidos...

ROSA. Ah! Sí: ya sé. Que los dejen en mi gabinete. (Vase Juan.) Los trajes que me regala Roberto. Son elegantísimos: como elegidos por él! (Juan entra por la derecha y se dirige hácia el foro.) Diga usted, Juan, no ha vuelto la doncella que prometió venir desde hoy á servirnos?

JUAN. No, señorita.

ROSA. Ni ha mandado recado?

JUAN. Ninguno, señorita.

ROSA. Bien está. (Juan saluda y se va por el foro.) Qué fastidiosa coincidencia, la de encontrarme sin

doncella en estos días. Sin embargo, Roberto dice que le gusto más, cuando hago yo sola mi tocado y atavío. (De repente.) Me ocurre una idea! Voy por esta noche solamente á quitarme el luto y á ponerme uno de esos trages. Sí, sí, quiero darle esa agradable sorpresa, para que me vea siquiera por unas horas, como él tanto desea verme. Quisiera enamorarle más cada día! (Vase por la derecha.)

ESCENA V.

MANUEL. — JUAN.

JUAN. Sírvase tomar asiento. A quién anuncio?

MAN. Espera, espera. (Se sienta arrellanándose en una butaca.) No tengo prisa. Hablemos antes un poco. Me has dicho que el abuelo está fuera? Que la señorita está sola? (Juan asiente. Pausa.) Ante todo: qué sueldo te dán?

JUAN. (Después de vacilar.) Diez duros al mes.

MAN. Quieres servirme á mí por veinte? (Sacando una cartera y alargándole un billete.) Qué?... Vacilas?

JUAN. Como no sé lo que el señor querrá de mí?

MAN. Muy poco. Que contestes á las preguntas que te dirigiré y que me digas todo cuanto en esta casa sucede.

JUAN. Siento mucho negarme; pero yo soy un hómbre honrado y no puedo...

MAN. Ah! con que tienes el mal gusto de poseer una conciencia quisquillosa? Tanto peor para tí. Sin embargo, no tengas inconveniente en aceptar este billete y en complacerme, porque has de saber que en esta casa á nadie tienes mayor obligación de servir que á mí.

JUAN. Cómo? (Con mucho asombro.)

MAN. Lo que oyes. Porque yo soy el amo. Entiendes? El verdadero amo.

JUAN. El amo?... Pero?...

MAN. Tú no sabes que la señorita está casada?

JUAN. Pues, no es viuda?...

MAN. No: por fortuna para mí.

JUAN. (Con interés creciente á cada pregunta.) Luego el señor es?...

MAN. En efecto: yo soy el marido.

JUAN. Yo creía que el señorito había muerto en San Pedro Abanto?

MAN. Ya ves como no es cierto, á Dios gracias.

JUAN. Ni es el señorito oficial carlista?

MAN. Coronel, si no lo llevas á mal.

JUAN. (Con emoción.) Oh! pues entonces no tiene necesidad de decirme ni de darme nada para que yo le sirva como un perro.

MAN. Qué? (Sorprendido.) Tú eres también carlista?

JUAN. En cuerpo y alma.

MAN. Pero, has servido al rey?

JUAN. En el 5.º navarro, he sido sargento.

MAN. Cómo? (Con ligero sobresalto.) Explícate, explícate. Cuándo ha sido eso?

JUAN. Desde que comenzó la guerra hasta tres años hace en que caí prisionero. Ahora lo estoy bajo mi palabra de honor, esperando con impaciencia ser incluido en algún canje para volver al campo á defender á nuestro rey y señor.

MAN. (Con visible preocupación.) Bueno, bueno. Me alegro. (Pausa. Aparte.) Eh! Por qué he de preocuparme? Ni éste puede saber nada, ni me debe inquietar que lo sepa ó no. (Alto.) Está bien, amigo mío; pero ten presente que no conviene que se sepa mi venida por ahora. La misión que traigo exige una reserva absoluta. (Juan saluda con humildad. Pausa. Transición.) Qué vida hacen por lo general mi mujer y su abuelo? Qué visitas reciben?

JUAN. Ninguna otra que la del señorito... la del se.. ñori... to Sandoval.

MAN. Y quién es... ese señorito? Es joven ó viejo? Viene mucho ó poco? Contesta; pronto y claro.

JUAN. Ese señorito es... (Corrigiéndose con viveza.) Era... el novio de la señorita.

MAN. Zape! Pues es un grano de anís. Conque nada menos que el futuro, el novio de... mi mujer?.., Pero qué tan adelantado estaba el asunto?

JUAN. Hoy esperaban á la familia del señorito, (Corri-

giéndose.) de don Roberto, para asistir á la boda.

MAN. (Como para sí.) Pues señor, no deja de tener gracia. El lance es chistoso. La verdad es que no se me había ocurrido ni la sospecha de tal suceso. Ni quién había de temerlo ni esperarlo de la mogigata de mi mujer ni del severo y concienzudo de don Ramón? Sin dejar trascurrir el año de viudez. Bien es verdad, ahora que pienso que no falta tanto. (Burlonamente.) Vaya un desengaño!... En fin, gracias á que he llegado á tiempo. (A Juan.) Bueno: continúa. Cómo empezaron esos amores? Te daría él una cartita para ella y...

JUAN. Nada de eso Don Roberto empezó sus relaciones con la señorita con permiso del señor, y cuando se supo... cuando se dijo, que el señorito había muerto. Les conocía mucho ya, porque había entrado en esta casa para defender como abogado unos pleitos que...

MAN. Sí: ya sé. De esos pleitos estoy muy enterado. Y él fué quien los ganó? Preciso es que tenga mucho talento! Basta! Ya sé cuanto necesito. En adelante tu obligación para conmigo es, ver, oir y contarme todo lo que ocurra mientras yo no esté en casa, y sin que remotamente se sospeche nuestra inteligencia. Ahora, pasa á la señorita, á mi mujer, esta tarjeta, y dile que el caballero que te la ha entregado está aquí esperando. (Juan coge una bandeja en donde Manuel coloca una tarjeta suya y se vá por la derecha.)

ESCENA VI.

MANUEL.

El asunto es algo más complicado de lo que yo esperaba. Ese maldito don Roberto, que el demonio se lleve, no se resignará quizás á abandonar el campo sin probar fortuna, pero... tanto peor para él si lo hace. Lo mismo me importa que elija el sable que la pistola. (Transición.) Si yo pudiera oir ó á lo ménos, ver, el efecto que

causa á mi mujer la noticia de mi resurrección... (Separa con precaución el paño que está delante de la puerta de la derecha. Con viveza.) Qué veo! (Con profunda admiración y gran interés.) Esa... es... Rosa? Aquella chiquilla boba y fea se ha convertido en esa mujer tan elegante y tan bonita?... Sí, señor; preciosa!... (Pausa.) Pero á todo eso, qué hace ese gaznápiro que no le entrega mis tarjeta? Ah!... ya comprendo; es un hombre listo. La está preparando para darle la noticia. (Pausa.) Ya: vamos, ya se lo dice. Ella abre los ojos cuanto puede, y qué luz despiden! Se resiste á creer lo que oye. Quiere arrebatarle la tarjeta... la coje: la lee... vacila... vá á caer!... (Dá un paso y vuelve atras.) Ya se repone... vamos; ya se pasó el primer trago. Pero aún mueve la cabeza en señal de duda... Vá á venir, (Separándose rápidamente de la puerta y cogiendo un periódico.) Será conveniente que al entrar no me vea el semblante por completo, sino que vaya poco á poco convenciéndose de que no soy un fantasma, sino su marido en cuerpo y alma. (Se sienta ocultando su rostro tras del periódico que finge leer. Entra Juan, y sostiene el paño que está delante de la puerta de la derecha hasta entrar Rosa, que lleva un traje lujoso y elegantísimo y ricas joyas. Quédase inmóvil, fijas sus miradas en Manuel, el cual hace una seña imperiosa á Juan, que se vá por el foro.)

ESCENA VII.

ROSA y MANUEL.

Manuel muestra el semblante, separando poco á poco el periódico, mientras Rosa, llena de espanto, vá muy lentamente acercándose á él y mirándole con avidez: después de unos instantes, finge Manuel notar la presencia de Rosa, deja el periódico, se levanta y se dirige á ella. Esta retrocede, alarga las manos como para rechazar á Manuel.

ROSA. Ah! (Cae al suelo sin sentido.)

MAN. Era de esperar. El caso no es para menos. (Coge á Rosa y la deja tendida en el sofá.) (Pausa. Con-

templándola unos momentos.) Cuánto se ha embellecido! Si hubiera sido así cuando nos casamos, de seguro planto á Sofía, y al menos, por ese lado, no le doy más disgustos. La verdad es que ésta vale más que la otra; físicamente, por supuesto, porque en otro terreno, esta para mí, es demasiado... sosa: es como el agua, y Sofía el alcohol. (Después de unos momentos.) Sí: ya tengo mi plan; señalaré una buena pensión á Sofía y la enviaré á... París. Y la mitad del año con ésta y el resto con la otra, lo pasaré mejor que nunca. (Pausa. Contemplando de nuevo á Rosa.) Ya tengo ganas de que abra los ojos. Deseo ver en ellos esa luz y esa expresión que antes no tenían. Qué trage tan elegante!... Y qué bien le sienta! Cómo se dibujan tras de él las líneas artísticas de su cuerpo! Unicamente así comprendo y admiro el arte. Pues señor, tiene gracia. Estoy enamorándome de *mi mujer*! (Con calor.) Oh! Sí: siento un placer embriagador al considerar que esa mujer es mía; completa y exclusivamente mía. Quién osará disputármela? Oh! que venga, que venga ese señor Sandoval, ó Satanás mismo, y como no me arranque antes la vida!... Espero, sin embargo, que no será necesario apelar á recursos extremos. Conozco á mi mujer muy bien y sé que se resignará. Sí, Rosa, (Al ver que hace ella un movimiento.) tú eres muy buena y yo trataré en el porvenir de hacerte olvidar el pasado. Sí, te lo juro, preciosa mía!... (Se acerca a Rosa, le coge la mano para darle un beso, pero ella le rechaza fuertemente con un movimiento brusco, y nervioso. Con tono airado.) Rosa!!!

ROSA. (Abre los ojos despavorida, se hiergue de repente y vuelve a caer sentada en el sofa.) Madre mía! Madre mía! (Se cubre las manos con ambas manos y se echa á llorar amargamente.)

MAN. (Después de unos instantes y de hacer unos gestos de impaciencia. Con ironía y conteniéndose.) No tiene nada de halagador el recibimiento que me haces. Pero no quiero ser injusto. Reconozco que después de las pesadumbres que te dí en

otro tiempo, es natural que sientas al verme más temor que gusto. Pero te engañas. Yo no soy el mismo. Ah! He cambiado por completo en esos años que he andado por ahí errante, sin familia ni hogar (Dramaticamente.) viéndome mucho tiempo herido y abandonado, sin oir una voz amiga ni estrechar una mano bienhechora. Créeme! He adquirido sobradamente el derecho á tu compasión. Oh! Díme, Rosa, que me perdonas! (Arrodillándose.) Dime que todo lo olvidas! (Aparte.) Pues señor, yo me he conmovido, pero lo que es ella... Será preciso cambiar de tactica. (Alto. Levantándose.) Ya ves tú misma ahora una prueba de lo que he cambiado. No te dirijo ningún reproche: ni una queja, ni una amenaza. (Rosa levanta la cabeza y descubre el semblante, mirando con cierta indignación.) No: quiero darte ejemplo: perdón por perdón: olvido por olvido.

ROSA. (Entre llorosa y ofendida.) Perdón? De qué?

MAN. Necesitas que yo te lo diga? Esas joyas, ese traje, el aire de fiesta que en toda la casa se respira no son bastante elocuentes? (Rosa hace un movimiento Impidiéndole que hable.) Todo lo sé. Nada me digas. Que me has creido muerto, y que te disponías á casarte de nuevo. No es esta la explicación convenida?

ROSA. (Como antes.) La verdad!

MAN. (Con irónico desdén.) La verdad!... En fin, te repito que no quiero hablar de ello. Si has cometido alguna falta, leve ó grave, dejo á Dios y á tu conciencia encomendado el castigo. Por mi parte, de nuevo te lo repito: te otorgo mi perdón á cambio del tuyo.

ROSA. (Ofendida.) Yo no lo necesito. Lo rechazo. Ni Dios, ni mi conciencia, ni tú, ni nadie pueden acusarme. Si he creido en tu muerte, si la hemos creido todos cierta, ha sido con las mayores pruebas que se pueden tener.

MAN. (Fingiendo.) Pruebas?... Cuáles?...

ROSA. Primero, por habérnoslo asegurado uno que dijo que era capitán del propio batallón carlista

que tú, entregándonos un número de *El Cuartel Real*, en donde estaba tu nombre en la lista de los muertos en San Pedro Abanto.

MAN. Es verdad que caí herido gravemente; que fuí abandonado entre un montón de cadáveres como uno de tantos, y que apareció mi nombre entre la lista de los muertos; pero poco tiempo hace el mismo periódico rectificó la noticia.

ROSA. Además, nos entregó una partida de defunción tuya y un documento escrito de tu puño y letra, en el cual confesabas deber al sugeto que se nos presentó diez mil duros, que nosotros le pagamos.

MAN. Ah! ya me lo explico ahora todo. El usurero que me tenía prestada aquella cantidad, que se ha apresurado á venir, al publicarse la noticia de mi muerte. Luego me darás esos papeles y yo te firmaré un recibo de esa suma, que espero muy pronto devolverte. A pesar de todo, permíteme que te diga que habeis procedido con censurable é impúdica ligereza al contraer tú esas relaciones y concertar ese enlace que parece que urgía celebrar, Dios sabe por qué causas.

ROSA. (Con indignación.) Qué quieren decir esas reticencias y esas malicias?... Atrévete á acusarme!

MAN. (Con fingida bondad.) Ya te lo he dicho y te lo repito: prefiero perdonar á acriminarte.

ROSA. (Exaltándose.) Confiesa que crees no tener razón ni motivo para las sospechas que finges. Porque á pesar de todas tus bajezas y á pesar de tus villanías todas, sé que eres incapaz de cometer la de aceptar ni perdonarme mi deshonra!

MAN. (Aparte. Contemplándola fijamente.) Qué valiente! Y qué hermosa! Esta mujer es otra! (Alto. Fingiendo humildad.) Dominemos, Rosa, nuestros sentimientos. Quizás he hablado irreflexivamente arrastrado por mis... celos!

ROSA. (Con admiración desdeñosa.) Celos?

MAN. No lo crees, verdad? Te parecerá imposible?... Pues sin embargo, es cierto: te lo juro. (Con pasión.) Quiero, necesito convencerte: y para lo-

grarlo voy á mostrarte mi corazón por completo. (Transición.) No pensaba venir tan pronto á reunirme contigo. Toma: (Sacando una carta que viendo que Rosa no coge deja sobre un velador.) aquí verás la carta que te había escrito pidiéndote perdón por todo lo pasado y que me recibieras si no con el cariño de esposa, con el afecto de una amiga. Al entrar aquí y al anunciarte mi visita, no eran nada benévolas para tí mis intenciones, sabiendo como sabía tu proyectado matrimonio. Pero al separar esa cortina (Señalando la de la puerta de la derecha.) y verte, no sé qué rápida transformación han sufrido mis ideas y mis sentimientos. (Con expresión.) Oh! sí; créeme. En ese solo instante se ha desarrollado en mi corazón más cariño, más amor que nunca desde que soy tu marido. (Con calor.) Te lo juro! Te me has aparecido como otra mujer. Porque no es solo que tu cuerpo se ha embellecido, es tu alma que por tus ojos, tu voz y tus palabras parecen también otra. Es todo tu sér que me embriaga y me fascina. (Se acerca á Rosa, la cual huye á un extremo del proscenio.) Rosa! (Impaciente y colérico) No seas esquiva! Ne despiertes mi satánico orgullo. Harto sabes hasta dónde es capaz de arrastrarme. Te hablo como nunca te he hablado. Con la voz del cariño! Con la bondad que inspira el amor! (Acercándose á Rosa.)

ROSA. (Alejándose con terror.) No; no, mentira! Eso no es cariño! Eso no es amor!

MAN. (Conteniéndose con esfuerzo.) Rosa! Considera que estoy suplicándote cuando puedo mandar! Considera (Acentuando.) que de un momento á otro puede aparecer ese Sandoval y ocurrir entre él y yo un conflicto que tú más que nadie deseará evitar.

ROSA. (Con espanto y mirando hácia la puerta del foro.) Oh! Sí, sí, es verdad! Es verdad!

MAN. (Con afectuosidad.) Ven, Rosa! (Cogiéndole por una mano y sentándola en el sofá á su lado.) Oye! Quiero que te convenzas de que no soy el mismo. (Rosa le mira con extravío.) Tú desearás con-

sultar con tu padre á solas y libremente el mejor medio de enterar á ese hombre de que yo vivo. Es verdad?

ROSA. (Como antes.) Sí! Sí!...

MAN. Pues bien: contra lo que venía dispuesto á hacer, voy á retirarme por veinticuatro horas y nadie sabrá que he llegado. Puedes aprovechar esa misma carta que te había escrito anunciándote mi próxima vuelta, para probar mi existencia y conseguir el alejamiento eterno, (Sombriamente.) eso sí, eterno! de ese hombre. Porque (y guarda mis palabras en tu memoria!) el día en que le tropiece en mi camino; el día en que se interponga entre nosotros, (Con ferocidad.) él ó yo, uno de los dos, habrá de morir! (Pausa.) Y ahora, adios! Hasta mañana. (Alarga su mano y Rosa maquinalmente la suya. Vase Manuel lentamente.)

ESCENA VIII.

ROSA sola.

(Despues de unos momentos que está como aterrada y atónita, se pasa la mano por la frente como tratando de recordar.) Pero es realidad, Dios mío, ó estoy delirando?... Vive mi marido!... Ha estado aquí! Le he visto! Me ha hablado! Ha de volver mañana? (Pausa.) Yo no soy, no he de ser nunca de Roberto? Me he de separar de él? He de dejar de verle y de oirle? He de arrancarle de mi corazón y hasta de mi memoria?... Por qué?... Oh! no, no La religión me exige un imposible. Sé que es un pecado mi amor; pero, qué vale toda la voluntad cuando lucha contra el corazón y sin el apoyo de la conciencia? Qué ha hecho Roberto para que yo le desame y olvide? No: no quiero engañarme. Todos mis esfuerzos se estrellarán siempre contra el inmenso y digno amor que le profeso. Luego yo, la mujer honrada y honesta, estoy colocada por una fuerza superior en la pendiente del crimen? Sí; lo

veo, lo veo con claridad tan viva, que me deslumbra. (Tapándose los ojos. Pausa.) Tu hija, madre mía, tu pobre hija, condenada á ser criminal y adúltera? Oh! jamás, jamás. Antes la muerte. Sí; de los dos pecados, es el suicidio el menos vergonzoso. Estoy resuelta: y ahora, ahora mismo ha de ser. Antes de que me abandone esta fiebre que siento correr por mis venas y caldear mi cerebro, que me impulsa y me arrebata. (Abre rápidamente el buró y saca de él un frasquito. Contemplándolo.) Cuántas veces, con solo humedecer mis labios has trocado los agudos dolores de cruel enfermedad en apacible sueño! Yo te apuraré ahora hasta las heces. para que conviertas este dolor sin fin, en sueño también eterno! (Siéntase á escribir, vivamente agitada.) Perdón... (Pausa.) Padre mío... Adiós... Roberto...

(Cae pausadamente el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA.

ROSA y ROBERTO. Rosa está escribiendo como quedó en el acto anterior.

ROSA. (Después de unos momentos.) No: no puedo resignarme á morir sin volverle á ver!!

ROB. (Entrando apresuradamente.) Rosa! Rosa mía! Qué tienes? (Rosa oculta rápidamente en el bolsillo el frasco y la carta que escribía.)

ROSA. (Llorando y arrojándose en sus brazos.) Oh! Roberto! Roberto mío!

ROB. Estás enferma?... Tu padre acaso? (Rosa hace gestos negativos y solloza.) Pues no comprendo... Vamos, tranquilízate. No estoy yo aquí? Qué mal ni qué desgracia puede ser grande estando los dos juntos y amándonos tanto? (Se sientan.) Habla. Cuéntamelo todo. A quién mejor que á mí?... (Rosa se echa á llorar más amargamente. Pausa.) Me asustas, Rosa; por nuestro amor te lo pido, habla! Me muero de angustia!...

ROSA. (Tratando de contener sus lágrimas y sollozos.) Nuestra felicidad ha muerto! Nuestro amor debe también morir!

ROB. No digas eso, Rosa. Oh! te lo prohibo. Si tú su-

pieras el frío mortal que al oirte esas palabras palabras he sentido en el corazón! No! Ni aun la muerte ha de estinguir nuestro amor, porque el alma es inmortal y á nuestras almas pertenece!

ROSA. (Aparte. Con angustia.) Cómo le diré?... (Mirando en derredor.) Dios mío, inspíramel... (Viendo la carta que Manuel ha dejado sobre el velador. Ah! (Cogiéndola y dándosela á Roberto.) Toma! Lee! Ahí verás la inmensidad de nuestra desdicha!

ROB. Por fin!... (Coge la carta. Léo unos renglones.) Qué impostura? Qué absurdos son estos? Quién es el canalla que se atreve?... (Mira la firma. Leyendo.) Manuel Inchausti... Pero esto es por fuerza una superchería ridícula ó infame!

ROSA. (Llorando.) Comprendo que te resistas á creerla y me causa una pena agudísima tener yo misma que convencerte y martirizarte; pero es forzoso, inevitable!

ROB. (Con espanto) Oh! Calla! Mas aún que esa terrible noticia, me tortura oirte hablar de ella con acento tan convencido y resignado. No me interrumpas, te lo suplico. Permíteme que lea y reflexione lo más sereno posible. Es el golpe tan violento, que estoy aturdido y loco. (Abre la carta y lee con detenimiento y atención. Permanece después unos instantes en silencio absorto, y por último, haciendo un esfuerzo para dominar su emoción, dice con aire sombrío y acentuando:) Tú la has leido por completo? (Rosa hace un gesto áfirmativo.) Y la letra, el estilo y cuanto dice, todo, te hace creer firmemente que esta carta es... de ese infame?

ROSA. Oh! sí, sí. (Conteniendo sus sollozos.)

ROB. (Como antes y tratando de aparecer tranquilo.) Y... qué piensas? Qué crees que... debemos hacer?

ROSA. Qué cabe hacer? (Llorando.) Resignarse. Por ventura hay medio de conjurar este horrible conflicto? Dime, Roberto, lo ves tú?

ROB. (Como antes y levantándose.) Es verdad! No le hay. No le encuentro. (Con emoción, que trata de ocultar.) Adiós, Rosa! .. (Alargando la mano.)

ROSA. (Que sigue sentada, cogiendo con sus dos manos la de Roberto. Con mucha ansiedad.) Roberto, Roberto de mi alma! Qué intentas? Qué vas á hacer?

ROB. (Como antes.) Por qué te alarmas? Voy á... pensar á solas en el contenido de esta carta. (Fingiendo naturalidad.) Creo que es muy natural.

ROSA. (Sin dejar su mano.) Pero, por qué no piensas en ello aquí conmigo? Por qué me dejas en estos tristes momentos? Por qué no hemos de resolverlo todo los dos juntos?

ROB. (Con cierta frialdad.) Y qué necesitas tú pensar ni resolver? No acabas de decirme que no tiene nuestra situación remedio alguno? No te has resignado ya?

ROSA. Oh! ten piedad de mí, que soy la más desdichada! Deja ese tono frío y cruel con que me hablas. Parece como que me culpas de lo que sucede. A mí, que daría la sangre de mis venas hasta la última gota por salvar nuestro amor! Oh! pero no: tú lo has dicho. (Con exaltación.) Nuestro amor es libre é inmortal. Nadie puede impedir que te ame, que nos amemos siempre. Nadie podrá impedir que sea tuya sola toda mi alma, que ya te he dado para toda la vida, para toda una eternidad! Y sabiendo, como sé, que tu alma me pertenece eternamente, qué nos importa la separación con todas sus crueldades?... Dudas de mí? Por qué te sonríes con desdén?

ROB. Porque tú discurres y sientes como una mujer, como un angel. Pero los hombres no podemos aceptar ese papel heróico y sublime de la abnegación y del sacrificio.

ROSA. (Con dolor y asombro.) Qué dices?

ROB. (Animándose más y más.) Que no puedo remontarme como tú á esas ideales regiones, cuando ya he creido, cuando ya he podido creer, que tú eras mía, eterna y solamente mía, en cuerpo y alma. Que esto es para mí, en su completa realidad, el amor humano. (Transición. Se sienta.) Tú lo sabes. Recuérdalo. Te conocí, y creyéndote libre, te amé. Supe que estabas casada, y en

años enteros de verte y hablarte todos los días, ni una palabra, ni una mirada, llegaron á revelarte mi cariño, trocado por el respeto y por la fuerza de mi voluntad, en muda y constante adoración. Allá en lo hondo de tu alma germinaba también el amor. A la breve luz de un relámpago lo vimos un día, y sin embargo, acallamos la voz de nuestros sentimientos en aras de la ley social, que se oponía á la consagración de nuestro santo cariño. Desapareció, por fin, esa valla, así al menos todos lo creimos, y al calor de nuestra palabra y de nuestras miradas, libres ya de expresar nuestros profundísimos sentimientos, este amor ha llegado á crecer hasta el infinito. Y ahora, precisamente ahora, cuando creíamos más cercano el día de realizarse las hermosas esperanzas que hemos ido reuniendo para el porvenir, quieres que me resigne friamente á entregarte á un bandido, que con su malvada conducta ha creado este conflicto?

ROSA. Oh! Roberto... (Con desesperación.)

ROB. Quieres que renuncie á la lucha y al combate: á la esperanza de alcanzar el único remedio de nuestros males. (Rosa hace un movimiento.) Oh! no: no: de ningún modo. Tú no puedes, no debes esperarlo, ni mucho menos exigirlo.

ROSA. Me espanta, Roberto, adivinar tus designios; pero no los realizarás, verdad? (Con cariño.)

ROB. Sí; quiero, debo aprovechar la única arma que esa misma sociedad deja en mis manos para romper esos lazos que ella no quiere desatar. Qué hombre se atreverá á acusarme? Sí: quiero matar ó morir.

ROSA. Oh! no Roberto; no. Ni asesinado ni asesino. (Con pasión.) Todo antes que eso!

ROB. (Con pasión,) Todo? (Cogiéndola por el talle y fascinándola. Bajo.) Todo? Sabes á qué te obligas?

ROSA. (Con desfallecimiento.) To... do! sí: todo! (Aparece Ramón por el foro.)

ROB. Oh! pues ahora; ahora mismo. Ven conmigo. Huyamos! (Arrastrándola suavemente hacia el foro.)

ESCENA II.

DICHOS.—RAMÓN.

RAM. Roberto! Hijo mio! Qué dices? (Pausa. Roberto se separa confuso y avergonzado.) Por fuerza has perdido el juicio!

ROB. (Con timidez y cortedad que trata de adivinar.) Es... mi mu... mujer!

RAM. (Con suavidad pero firmeza.) Mientras los vínculos que os unen no estén consagrados y públicamente, no puede ser tu mujer, sería tu manceba!

ROSA. Oh! (Cubriéndose el rostro avergonzada.)

RAM. (con bondad.) Yo sé que tú eres un hombre digno. Sé que, aunque yo no hubiese llegado ahora, tú no habrias cumplido nunca el propósito que solo en un rapto de locura has podido concebir. Confiésalo. Por que tú eres varonil y honrado.

ROB. Sí: es cierto.

RAM. Pero decidme: cómo habeis sabido que vive ese hombre maldito?

ROB. Por esta carta suya. (Se la dá. Ramón la lee.)

ROSA. Júrame, Roberto, que no te desafiarás.

ROB. (Con mucha viveza.) Solo hay un medio de evitarlo.

RAM. Cuál?

ROB. Irse ustedes dos sin que nadie lo sepa ni sospeche, lejos: fuera de España.

RAM. (Moviendo la cabeza en señal de no parecerle aceptable.) Reflexiona...

ROB. (Con calor.) No he de ceder en un ápice. Y ha de ser hoy mismo, dentro de poco cuando ustedes se vayan, porque temo que de un momento á otro llegue ese hombre, si es que no está ya en Madrid.

ROSA. (Aparte.) Oh!

ROB. Y no ve usted el porvenir que tanto á Rosa como á usted les espera cuando él venga? Usted solo, abandonado, separado de su nieta porque él se apresuraría á alejarle como á un estorbo. Y Rosa á merced de ese hombre depravado y grosero, seco de corazón como rico de vicios, y con astu-

cia bastante para martirizarla sin dar motivo legal en que fundar acusación ninguna.

RAM. (Conmovido. Abrazando á los dos.) Basta, hijo mío. Tienes razón. Es lo menos que podemos hacer. Dime qué plan te parece mejor para nuestro propósito.

ROB. (Cogiendo á Ramón y á Rosa y llevándolos al lado derecho del proscenio. En voz baja y misteriosa.) Ahora mismo vamos á salir usted y yo. Usted para ir al banco á recoger los fondos que tiene allí depositados y convertir su importe en letras sobre Nueva-Yorck ó Washington. (Juan se asoma por la puerta del foro.) Yo, para preparar un coche que pueda transportarnos rápidamente por los caminos menos frecuentados, á algún pueblo cercano desde donde ustedes partirán á su destino, y yo... regresaré... (Con mucha tristeza. Pausa. Dominando su emoción.) Rosa, entre tanto, que recoja únicamente las alhajas y los objetos que estime en más y que pueda llevar á la mano. Y con el mismo traje y del mismo modo que van ustedes por las tardes á paseo, salen al oscurecer, y toman el camino que hay á la derecha del hipódromo en donde yo les esperaré. (Juan se asoma por la puerta de la izquierda.) Con que vámonos, don Ramón; y tú, Rosa, alma de mi alma, no pienses ahora en ninguna otra cosa que en ejecutar cuanto te he dicho: en salvarte y salvarnos á todos. (Juan abre con cuidado la puerta del foro, trayendo sobre una bandeja unos periódicos, y andando con rapidez y precaución se acerca al grupo que forman Rosa, Ramón y Roberto, oyendo decir á este lo que sigue.) Don Ramón, manos á la obra! Es muy tarde. No hay tiempo que perder! (Al volverse para marcharse se encuentran con Juan que sin inmutarse alarga á don Ramón la bandeja.)

ROSA. (Con miedo.) Ah!

ROB. (Con extrañeza.) Juan!

RAM. (Con brusquedad.) Qué quieres?

JUAN. (Con naturalidad.) Estos periódicos.

RAM. Bueno: déjalos ahí. (Juan los deja sobre la mesa

con estudiada calma. Después de mirarse unos momentos, Ramón y Roberto, estrechan la mano á Rosa y se van por el foro hablando bajo y con animación. Rosa se va por la derecha, pensativa y llorosa.)

ESCENA III.

JUAN, solo.

Ha dicho: es muy tarde: no hay tiempo que perder. (Pausa.) Qué intentarán? (Mirando por el agujero de la cerradura de la puerta de la derecha. Pausa.) Si yo pudiese... (Pausa.) Creo que lo mejor será avisar al amo. Sí; sí: este es mi deber. (Yendo hacia el foro.) Buena idea ha tenido en quedarse oculto en mi cuarto, porque si llega á marcharse, me parece que no hubiera vuelto á tiempo. Los hombres como él en todo piensan. (Vase por el foro.)

ESCENA IV.

ROSA, sola.

Oh! sí, sí; quiero llevármelo! Qué menos puedo hacer que amarle solo en recuerdo y verle solo en imágen?... (Cogiendo un album que está sobre la mesa y sacando un retrato. Contemplando unos momentos el retrato.) Qué bien se refleja en su semblante la bondad y la nobleza de sus sentimientos! (De repente y con viveza.) Pero, qué hago? Cometo un delito? Pues por qué la conciencia no me acusa? No me grita? Oh! no; no: tal vez la sociedad, el mundo me acusáran, pero mi madre y Dios mismo me disculpan. (Vase con el retrato por la derecha. Queda la escena unos momentos sola.)

ESCENA V.

JUAN, luego MANUEL.

JUAN. (Cautelosamente vuelve á mirar por la cerradura como antes. Luego aplica el oido, y por último, se di-

rige de puntillas á la puerta del foro, diciendo bajo:) Continúa lo mismo que antes.

MAN. Por las palabras que has sorprendido de su conversación imagino su propósito.

JUAN. De todas maneras, he hecho bien en avisar al señorito?

MAN. Oh! perfectamente. Me has prestado un gran servicio.

JUAN. (Con interés.) De veras?

MAN. Ya lo creo?

JUAN. De modo que puedo pedirle un favor.

MAN. (Aparte.) Vamos, el billete que ha rehusado esta mañana. (Alto.) Sí, hombre, sí; pide lo que quieras. (Sacando la cartera.)

JUAN. Que me haga incluir en el primer cange de prisioneros para volver pronto al campo carlista.

MAN. Te lo prometo. Y aun te ofrezco más: que en cuanto yo vuelva por allí, te he de presentar al mismo rey como á uno de sus más leales y ardientes partidarios.

JUAN. (Conmovido y tratando de besar una mano de Manuel.) Gracias: gracias!!! Menos la vida que pertenece á nuestro rey y señor, pídame cuanto quiera.

MAN. Bueno: bueno. (Aparte. Con burla.) Qué fanático! Qué majadero! (Se guarda la cartera. Alto.) Dime: habita alguien ese cuarto de ahí? (Señalando el de la izquierda.)

JUAN. No señor.

MAN. Tiene alguna otra salida?

JUAN. Otra puerta al corredor. (Señalando al foro.)

MAN. Perfectamente. (Pausa.) Has visto por ahí una caja con dos pistolas?...

JUAN. Si, señorito. La tiene el señor en el despacho.

MAN. (A Juan.) Pues mira si están cargadas, y si no lo están, ponlas corrientes y tráemelas.

ESCENA VI.

MANUEL, solo.

Siento impulsos, (Señalando hacia la derecha.) de entrar y sorprenderla... Pero no: quiero conte-

nerme. Dejaré que sigan los sucesos su marcha natural. Por otra parte, sea como sospecho que trate de huir con ese hombre, ó sea cualquier otro el propósito que tenga, aquí estoy dispuesto á presentarme á tiempo de impedirlo. (Entra Juan con la caja de pistolas.)

JUAN. Son estas, señorito? (Abriendo la caja.)

MAN. (Tomando la caja y dejándola sobre algún mueble.) Estas mismas. Ea! ahora quédate espiando, y en cuanto venga alguien ú ocurra algo, avísame en seguida. (Vase por la izquierda.)

ESCENA VII.

JUAN solo.

Algo terrible vá á suceder, porque don Roberto y el señorito van á chocar, y cuando dos hombres como ellos se encuentran, las cosas no tienen compostura posible...

ESCENA VIII.

ROSA.—JUAN.

ROSA. (Saliendo por la puerta de la derecha.) Juan! Ha venido el señor? (Con agitación.)

JUAN. No, señorita.

ROSA. (Aparte y con angustia.) Cuánto tarda! Tengo miedo de que vuelva Manuel. Pero ahora se me ocurre... Si yo encargara á Juan que... (Pausa.) Sí: mejor será. (Alto.) Oiga, Juan! (Tratando de aparecer tranquila, pero con voz temblorosa.) Usted recuerda á aquel caballero que ha venido esta mañana? (Juan hace un gesto afirmativo. Como antes.) Le reconocerá usted si vuelve? (Juan repite el ademán.) Pues... si viene... (Vacilando.) dígale usted que he salido con el señor y... que no volvemos hasta la noche.

JUAN. Está bien señorita. (Vase por el foro.)

ESCENA IX.

ROSA luego, RAMÓN.

ROSA. Madre mía! Vela por tu hija! Pídele á Dios que me proteja y .. que me perdone lo que voy á hacer. Sí: que me perdone. Sé que mi deber es esperar á mi marido. (Como en oración.) Tú que lees en mi alma, sabes que lo haría. Que de nuevo me resignaría á sufrir los tormentos que ya he pasado. Pero me falta valor para arrostrar el peligro de que Roberto muera á sus manos. Oh! no: no; quítame, Dios mío, la vida ó la razón, antes de que esto suceda.

ESCENA X.

ROSA.—RAMÓN.

ROSA. Gracias á Dios qne llegas! Sentía una inquietud y un miedo tan grande...

RAM. Ya me lo figuraba, y por eso he tratado de abreviar todo lo posible. Como tú comprendes, es difícil encontrar en tan poco tiempo y para tan grande suma, letras de seguro cobro sobre Nueva-Yorck. Por fortuna he dado con un agente de negocios muy listo. Y tú, tienes elegido ya lo que has de llevarte?

ROSA. Sí, allí lo tengo dispuesto. Unicamente las alhajas de mi madre y algunas cartas.

RAM. Pues vé á buscarlo y ponte la mantilla mientras voy al despacho á recoger unos documentos. (Haciendo ademán de marcharse.)

ROSA. (Deteniéndole.) Todavía no he podido decirte, porque no hemos hablado á solas, que Manuel ha venido esta mañana.

RAM. (Con asombro.) Ha venido?... Aquí?...

ROSA. El mismo me ha entregado la carta suya que has leido, la cual había escrito y pensaba enviarme creyendo no poder venir tan pronto.

RAM. Pero cómo ha consentido en marcharse?

ROSA. Me ha dejado veinticuatro horas para que pudiéramos tú y yo discurrir la manera de decirle á Roberto que Manuel vive, y que por lo tanto es preciso terminar toda clase de relaciones entre nosotros. Evitando así un encuentro entre ellos dos.

RAM. (Con mucho desprecio.) Cobarde!

MAN. (Al paño.) Qué dice! (Con furor.)

RAM. Hasta la única condición buena que tenía ha perdido. No me extraña! (Se vé á Manuel adelantarse, vacilar y volver á retirarse.) Si supieras las vilezas que de él me ha contado el jefe que aquí tienen los carlistas! Léjos de enmendarse con los años, más perverso se vuelve. Oh! vamos, hija mía. Ahora soy yo quien más desea evitar el peligro de verle á tu lado. No perdamos un minuto; que es ya tarde y Roberto estará impaciente.

MAN. Oh! Qué infames!

RAM. Luego me referirás todo cuanto ha pasado en vuestra entrevista. Recoje lo que has de llevarte y ve al despacho, que allí te espero. (Vase por el foro.)

ROSA. En seguida voy. (Vase Rosa por la derecha y vuelve inmediatamente llevando una bolsa en la mano y dentro de ella muchas alhajas, dos ó tres retratos y algunas cartas.)

ESCENA XI.

ROSA, sola.

ROSA. Que pena siento al abandonar para siempre esta casa! Aquí le conocí, aquí le amé y aquí le he perdido!... Y si al perderle pudiera al menos quedarme en estos sitios y entre estos objetos que me hablarían constantemente de nuestros queridos amores! Qué desdichada soy! Ni ese consuelo me resta! Todo me está vedado! Todo lo he de perder! Todo lo he de olvidar! Todo! Las pruebas de cariño que me ha dado! Hasta las palabras de amor que me ha dicho! Y en

cambio el deber, la religión, me mandan pensar en mi marido, seguirle, amarle... Oh! no; no: eso nunca!! (Va á salir precipitadamente por el foro y retrocede espantada al encontrarse con Manuel que aparece frío y sardónico, sonriendo y cruzado de brazos.)

ESCENA XII.

ROSA.—MANUEL.

MAN. A dónde vas?...

ROSA. (Con abatimiento y como para sí.) Madre! Madre de mi corazón!!

MAN. Tú te has olvidado de quién soy yo. (Con tono frío y sarcástico.) Mi proceder noble y generoso te ha hecho creer que me he vuelto tonto y á tu padre que soy cobarde Pues os equivocais: muy pronto vais á convenceros.

ROSA. No, Manuel, no! (Con angustia.)

MAN. (Como antes.) Tú has dicho: en esas veinticuatro horas que ha tenido la debilidad de concederme, hay tiempo de avisar al otro y prepararlo todo para plantar á mi marido después de robarle!...

ROSA. Oh! Qué horror! (Tapándose la cara.)

MAN. Sí, robarle. (Animándose.) No sabes que sin mi permiso no puedes disponer de un céntimo? Que cuanto tienes es, no tuyo, sinò *nuestro*? Pero no: tú no lo ignoras. Lo sabeis harto bien. Por eso os apresurábais á disponer de todo, antes de que yo volviese y lo impidiera. Niega que tu padre ha ido á colocar en letras sobre Nueva-York nuestro dinero! Niega que has estado recogiendo cuantos objetos de valor hay en mi casa, porque esta es *mi casa*, para llevártelo y disfrutarlo con tu amante!

ROSA. Oh! no, no Manuel.

MAN. (Irritado.) Lo niegas?... Pues mira. (Le arrebata la bolsa que lleva Rosa en la mano y la arroja al suelo, quedando de parramadas por la escena, co-

llares, pulseras, pendientes, etc.) Niégalo ahora! (Pausa.) Lo que tú tal vez no consideras es que por grandes que sean mis faltas. las vuestras las borran por completo. Es que de acusado paso á ser acusador. Es, en una palabra, que los tres, tú, ese viejo y tu amante, habeis hecho todo lo necesario para ser condenados como viles criminales.

ROSA. Oh! Manuel, no hables así. No digas tales cosas. Prefiero que me martirices golpe á golpe como en otro tiempo, á que me hagas sentir el sonrojo que me causa lo que estás diciendo.

MAN. Grita: grita para que venga tu padre. A él, lo mismo que á tu amante, tengo ya ganas de verles enfrente de mí.

ROSA. (Con terror.) No, Manuel; no gritaré. Mira, ves? Ya hablo bajo. Ya te respeto. Perdóname que haya olvidado un instante mis deberes. Lo reconozco: lo confieso; pero no era para huir con Roberto, sino con mi padre. El y yo solos. Te lo prometo: te lo juro!

MAN. En vano será que mientas. He oido todo cuanto ahora acabais de hablar. (Señalando hácia la izquierda.)

ROSA. (Angustiada y como delirante.) Te lo digo y te lo repito: te engañas. Roberto está esperándonos; pero ha de separarse dentro de poco de nosotros. Mi pobre padre tú ya sabes como es; no habría consentido jamás en ninguna otra cosa. Ese era su único deseo y el mío también. Déjame que lo realice. Te entregaré toda mi fortuna: trabajaré como otras veces lo he hecho para comer, y no te pediré cuentas jamás!

MAN. (Irónico) Sí? Y con qué condiciones? Con la de marcharte ahora con tu padre, para que puedas libremente ver á?...

ROSA. No, Manuel, no. No volveré á verle. Me arrancaré si quieres los ojos! Pero déjame salir; déjame marcharme con mi padre al rincón más olvidado de la tierra!!

MAN. Todo con tal de no verme? Tanto me odias?..

Pues no: no he de darte gusto. Quiero que vivas conmigo y... vivirás!

ROSA. Bueno, sea como tú quieres. (Encaminándose hacia el foro.)

MAN. (Deteniéndola.) Adónde vas?

ROSA. A hablar un momento con mi padre: á decirle que estás aquí y á...

MAN. Y á que impida al otro venir? No; si no quiero. Tengo ganas de conocer á ese hombre que de tal manera se ha apoderado de tu corazón.

ROSA. Por Dios, Manuel, te lo pido de rodillas. Qué quieres de mí? No me avengo á todo? No me resigno á todo?

MAN. A todo, sí; para evitar un lance entre nosotros. Y creas que he de acceder á ello para que me engañes y me burles otra vez? Para que tu padre diga que soy un cobarde? No: no saldrás de aquí porque así de seguro vendrá él.

ROSA. (Con desesperación.) Manuel!... Dios mío! Qué le diré que le llegue al alma? Que le mueva á compasión?

MAN. Oh! mira, cuanto más me ruegues, cuanto más te humilles, más enciendes en mi alma el deseo de matar á ese hombre que es de tí tan amado.

ROSA. (Con arrebato.) Oh! pues sábelo, ya que quieres saberlo. No has de conseguir tus deseos. No he de ser nunca más tuya. Porque si ni Dios ni las leyes me amparan; si no tengo medio humano de separar nuestras vidas como están separadas nuestras almas, me daré la muerte. Sí: antes que vivir junto á tí un día, una hora, un solo momento, prefiero morir mil veces!

MAN. Rosa! (Acercándose airado.) Rosa!

ROSA. (Con miedo. Echando á correr hacia el foro.) Padre! Padre!!

MAN. (Cogiéndola y empujándola rudamente hasta hacerla caer de rodillas.) Te he dicho que no salgas de aquí.

ESCENA XIII.

DICHOS y RAMON.—JUAN al paño.

RAM. (Entrando precipitadamente y recogiendo á Rosa, que se abraza á él.) Miserable! Canalla!

MAN. Quién es usted para creerse autorizado á mezclarse en mis asuntos?

RAM. Quién soy? Antes que todo, lo que no eres ni has sido tú jamás: un caballero!

MAN. Pues yo no le reconozco derecho ninguno para intervenir ni para continúar en mi casa, de la cual ahora mismo le arrojo!

ROSA. No, padre de mi corazón, no me dejes ó llévame contigo.

RAM. No tengas miedo, hija mía, que todos sus derechos y todas sus fuerzas no han de poder arrancarte de mis brazos. El es quien no volverá á verte en los suyos mientras me quede vida.

MAN. (Irónico y burlón.) Y cómo hará usted ese milagro, buen viejo?

RAM. Cómo? Vas á verlo. (Llamando.) Juan! (Juan se presenta en la puerta del foro.) Dí que vengan inmediatamente aquí á prender á un ladrón!

MAN. Oh! (Haciendo un ademán amenazador y conteniéndose después.)

ROSA. (Asustada al ver el ademán de Manuel.) Padre mío!

MAN. Bah! (Con desdén.) Pues no iba á tomarlo en serio?...

RAM. No me has oido? (A Juan. Este mira á Manuel como esperando sus órdenes.) Ah! Según parece, has sobornado ya á Juan? Pero es posible (A Juan.) que te hayas vendido? Y á un hombre como él? Tú! un hombre honrado? Sin duda ignoras quién es ese. Tú no sabes que se ha fingido muerto para estafar á mi nieta diez mil duros!... Tú no sabes que por un puñado de oro ha vendido la fortaleza de Estella y la vida de tus compañeros, de los carlistas que la defendían!

JUAN. (Con asombro é indignación.) Qué dice? Oh! Eso no puede ser! (Mirando á Manuel.)

MAN. (Amenazando á Ramón y con viveza.) Calla, viejo impostor, calla ó... (A Juan con imperio.) Y tú vete! Déjanos solos! (Juan se va lentamente.)

RAM. Impostor me has llamado? Atrévete á llamármelo otra vez delante de estas pruebas. (Sacando varios periódicos.) Aquí está, no solo la sentencia firmada por don Cárlos en que te condena á muerte por asesino y traidor, sino también el proceso que te han formado y en donde se prueban tus crímenes! (Manuel escucha cruzado de brazos y sonriendo desdeñosamente. Juan se asoma cautelosamente por el foro.) Y todo por dinero Porque ni siquiera has conseguido que te reconozcan el grado que tenías al desertar de nuestro ejército. Y se comprende; qué oficial habría querido llamarse tu compañero, ni qué soldado obedecerte?

MAN. Oh! basta: basta! Harta paciencia he tenido. Largo de aquí ó... (Cogiendo una silla y enarbolándola con ademán amenazador.)

ROSA. (Abrazándose á Ramón como para defenderle.) Ah! socorro!! Asesino!! (Ramón deja caer los periódicos junto al foro, hacia donde ha huido con Rosa. Entran Roberto y Juan el cual recoge los periódicos y se va por el foro.)

ESCENA XIV.

DICHOS.—ROBERTO.

ROB. (Interponiéndose entre Manuel y el grupo que forman Ramón y Rosa abrazados.) Muchas hazañas sabía de usted, pero esta de amenazar á un anciano y á una mujer, vale por todas!

MAN. Pronto verá usted que sé hacer algo más que amenazar.

ROB. Mucho lo dudo según lo que tarda!

ROSA. Roberto! (Suplicante. Ramón trata de calmarla hablándola con viveza.)

MAN. (A Roberto.) Calma, señor mío, calma. Déjeme usted saborear el placer que estoy hace rato esperando ansiosamente. Con que usted es... *el*

novio de mi mujer? Que me place! Sí, créame usted: tenía ardientes deseos de conocerle.

ROB. (Aparte á Ramón.) Llévese usted á Rosa.

RAM. (A Rosa.) Ven, hija mía.

ROSA. Oh! no: no: imposible! No saldría de aquí sino en pedazos. (Siguen hablando Ramón y Rosa, bajo.)

ROB. (A Manuel.) Ea! Concluyamos de una vez. No me haga usted creer que tiene miedo!

MAN. Es inútil que se empeñe en apresurar los sucesos. Tengo una voluntad de hierro. (Acentuando.) Llego siempre á donde voy y cuando y cómo quiero. Y ahora me encanta la idea de hacerle á usted esperar, por la razón misma que usted desea apresurarse. Usted ansía, matando ó muriendo, verse libre de esa negra sombra que mi presencia arroja sobre su soñada felicidad. Siente usted roer su corazón por la pena que le causa ver al hombre que es dueño legítimo y único, oiga usted, único! de la mujer que ama. Sí, el único que tiene derecho á su amor y... (Rosa llora y Ramon la consuela.)

ROB. Quién? Usted derecho á su amor? Por qué? Por que la ley le consiente á usted llamarse su marido? Y qué vale ese nombre, cuando el que lo lleva se ha hecho indigno de llevarlo? Qué vale el que la ley le considere á usted como marido, si no merece nada del amor, del corazón, de los pensamientos ni del alma de su mujer? Piensa usted que si la ley no me impidiese y nuestras costumbres no rechazasen la unión de mi vida con la de Rosa me estorbaría usted en el mundo? Por qué? Si no tiene usted nada que yo pueda envidiarle? Si por el contrario es usted un sér tan despreciable como despreciado?

MAN. (Rugiendo de furor, pero conteniéndose.) Oh!!!

ROSA. (Con miedo.) Roberto, por Dios!

ROB. (Con desdén.) Ya lo vé. Trataba usted de hacerme perder mi sangre fría, sin duda para ir con esa ventaja al desafío, y usted es quien la pierde. Porque usted ignora todavía la fuerza y la serenidad que tiene la honradez! Sí; á usted ha de faltarle el valor en esta lucha porque us-

ted representa solo un nombre vano, una mentira legal, y yo defiendo la verdad de los sentimientos y los fueros de la conciencia! Sí; porque usted quiere ampararse con la ley para perpetuar una inmoralidad y cometer un crímen, y yo estoy sin la ley; pero con la moral y el derecho, lo cual vale mucho más!

MAN. Pronto vamos á ver lo que vale más.

ROB. Soy yo el que espera.

MAN. (Con ferocidad.) Pero sepa usted, sabe tú (A Rosa.) que en vano será que me mate. No por eso realizareis vuestro ansiado ensueño. No podrás ser nunca su mujer legítima. Que ya he tomado mis medidas para que el Juez y todo el mundo sepan, si muero, que me ha matado el amante de mi mujer! (Coje las pistolas de la caja.)

ROSA. Oh!

ROB. Miserable!

RAM. Canalla!

MAN. Y ahora vamos. Ya ha llegado la hora. (Presentándole las pistolas.)

ROB. Vamos. (Cogiendo una.)

ROSA. No, Roberto, no te batirás. Porque yo no quiero.

ROB. No tengas miedo Rosa; que todos esos bravos dejan de serlo al sentir en sus ojos la mirada serena de un hombre honrado!

ROSA. Roberto! (Luchando con Ramón que la sujeta.) No: no. Por tu madre, por nuestro amor te lo pido: no salgas; no me dejes: ténme lástima!

RAM. Roberto!... (Como suplicando.)

ROB. Oh! no puede ser. Es forzoso, es inevitable! Cuando la ley es insuficiente, el duelo es necesario. Es el único recurso que queda para salvarnos. Volveré, Rosa mía! Ten fe. Adios! (Hace un ademán á Manuel, y sale corriendo por el foro.)

ROSA. (Luchando desesperadamente con su abuelo para irse.) Déjame! Déjame! Quiero ponerme yo entre ellos! Quiero que me maten á mí.

MAN. (Desde el umbral de la puerta del foro cuyas dos hojas casi cierra.) Llora! (Con ferocidad.) Desespé-

rate! No le volverás á ver! Va á morir! Voy á matarle!

ROSA. (Consigue desasirse de Ramón y corre hácia el foro al tiempo que Manuel cierra la puerta echando la llave. Golpeándola y empujándola rudamente. Gritando.) Roberto! Roberto! Ven! Te va á asesinar!... Pedro mío! Corre! Vé á detenerles... (Con desesperación.) Oh! Si muere él, yo también moriré! Te lo juro! (Oyese un tiro.) Ah!! (Gritando. Qué ase aterrada.)

RAM. Cómo! (Con espanto.) Ese tiro ha sonado dentro de casa!... En el corredor. (Pausa. Repentinamente.) Ah! ya lo comprendo! El infame, le ha asesinado!

ROSA Oh! sí; sí. Ya lo decía yo. Pobre Roberto de mi alma!

ESCENA ÚLTIMA.

TODOS.—Abrese la puerta y aparece Manuel atropelladamente con la pistola en la mano derecha y la otra sobre el pecho. Rosa y Ramón retroceden espantados. Manuel vacila; se apoya de espaldas á la pared, levanta el brazo derecho y apunta á Rosa mientras dice trabajosamente:

MAN. También tú... mo... ri... rás!...

RAM y ROS. (Huyendo aterrados hacia un estremo del proscenio.) Oh!!!...

MAN. (Deja caer al suelo la pistola. Se lleva las manos al pecho y cae redondo en tierra delante de la puerta del foro diciendo al ver á Juan:) A... se... si... no!! (Muere.)

JUAN. (Con vehemencia.) Mientes! El asesino eres tú! Tú! que has hecho acuchillar á mis hermanos indefensos! Tú, que has vendido las sagrada fortaleza de Estella haciendo vil traición á nuestro rey! Yo no soy, sino el ejecutor de su sentencia!!! (Mostrando y agitando los periódicos que recogió del suelo junto al foro en la escena anterior y arrojando un revolver.)

RAM. Pero... Juan?... (Roberto aparece.)

JUAN. No se alarmen ustedes. Yo confesaré que le he

dado muerte. Yo mismo me entregaré á la justicia. (Se adelanta Roberto.)

ROSA. Roberto míol...

ROB. (Con solemnidad.) Maldigamos, Rosa, la ley que me obliga á pasar por encima de ese cadáver (Pasando por encima de Manuel.) para llegar hasta tí! Esa ley que engendra el mal, y pone en la muerte *el único remedio.*

FIN DEL DRAMA.

3 0112 117461373

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Antonio de San Martin*, Puerta del Sol; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, y de los *Sres. Córdoba y C.ª*, Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, y de los *señores Simon y C.ª*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, PARÍS. PORTUGAL: *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro, LISBOA y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, PORTO. ITALIA. *Cav. G. Lamperti*, Via Ugo Fóscolo, 5. MILAN.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.